



## Cuando la palabra grande esconde el fracaso

Andrés Cañizález\*

iniiciándose el año 2012 comenzaban a calentarse los motores electorales en el gobierno de un ya notablemente enfermo Hugo Chávez. El presidente aseguraba estar curado y anunciaba la búsqueda de su reelección como mandatario para el período 2013-2019. En aquel contexto se hizo la presentación de las “grandes misiones”, que no eran otra cosa que el relanzamiento de las ya conocidas misiones sociales.

Al apelar al adjetivo de “grande” sencillamente se admitía el fracaso que habían tenido las versiones anteriores de estas misiones en alcanzar a todos los venezolanos necesitados y en lograr revertir de forma sostenible la problemática que cada programa de estos atacaba. En la edición 741 de la revista *SIC*, correspondiente a los meses de enero-febrero de 2012,

un artículo de Tito Lacruz se titulaba de forma muy diáfana: “Grandes misiones, grandes deudas”.

Sintetizaba Lacruz un contexto social, en Venezuela, en el cual el reparto de la renta petrolera no había sido exitoso en derrotar genuinamente a la pobreza, ya que no se había creado un tejido laboral y social autosostenible para los pobres:

En este contexto persistente de pobreza e inequidad social, cinco misiones sociales han sido anunciadas al cierre del año 2011. Lo primero que debe decirse de ellas es que reconocen la constante presencia de problemas sociales que, a más de una década del actual gobierno, siguen sin tener una respuesta sólida en materia de políticas públicas.

Repasaba el autor que los cinco problemas donde se focalizan estas “grandes” misiones no eran nuevos en Venezuela: Misión Hijos de Venezuela (embarazo adolescente y pobreza extrema), Misión Amor Mayor (tercera edad), Misión Saber y Trabajo (empleo), Misión Agro Venezuela (alimentación y agroproducción) y la Gran Misión Vivienda Venezuela (vivienda).

“El regreso de las misiones, ahora adjetivadas como grandes, tiene un sello que ha marcado a las misiones sociales desde sus inicios: su uso con fines electorales”, advirtió Lacruz en su análisis de estos programas que justamente comenzarían a ejecutarse en coincidencia con la campaña electoral en una Venezuela convulsa.

En ese mismo texto, por ejemplo, el autor cita una cifra del Observatorio Venezolano de la Conflictividad Social. En 2011 había tenido lugar un aumento del 60,5 por ciento en el número de protestas registradas en Venezuela en comparación con la data de esta misma ONG para el año 2010.

Tanto en ese momento, como en las protestas que les precedieron en el tiempo, como en las que se registraron en los años siguientes, el núcleo central del malestar social venezolano ha estado (y está) en lo social.

En ese mismo número de *SIC*, otro artículo, este de Yorelis Acosta, presentaba una suerte de radiografía de las protestas en Venezuela. El texto se tituló “Del malestar individual a la protesta social” y retomaba datos recogidos en estudios académicos sobre el clima de conflictividad en la primera década del siglo XXI venezolano:

En los años estudiados, las modalidades de protesta más usadas son: los cierres de calle, las concentraciones, marchas y tomas de establecimientos. Pero las acciones incluyen también: paros laborales, huelgas de hambre, caravanas, cacerolazos, pintas en la calle, quema de objetos como vehículos y cauchos, y motines y riñas en cárceles.

El clima de protesta persistía en medio de una Venezuela aparentemente en bonanza petrolera.

En este estudio de la autora se revisaron también las demandas principales presentadas en las protestas. Giraban principalmente en torno a exigencias laborales y derecho al trabajo, le seguían reclamos por servicios básicos, por el derecho a la educación, el derecho a la seguridad, el derecho a la justicia, y finalmente (en número) manifestaciones por reclamos de derechos políticos.

El malestar social no se había calmado en Venezuela en aquellos años (2002-2009), solo que se registraba atomizado, desperdigado por el país.

\*Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.